

encierra ciertos rasgos que mucho mejor los sienta el corazón, que los explica la lengua. Jamás la divina misericordia se ha pintado á sí misma con colores más vivos. Jamás Jesucristo ha expresado mejor la mansedumbre de su corazón. Jamás ha manifestado su bondad de una manera más tierna. Este Dios Salvador, tan cobardemente negado por su discípulo, lejos de tratarle con desprecio, echa todavía sobre él una mirada de tierno amor.

Esta mirada no es casual, estéril ni infructuosa; sino que á la gracia exterior añade una gracia interior, abundante y eficaz. Con esta mirada humilla Jesús á Pedro, mas al mismo tiempo le sostiene; él le hace avergonzarse de sí mismo, pero al mismo tiempo le penetra de compunción; le mira á la cara, pero al mismo tiempo le atraviesa secretamente el corazón; él introduce la turbación en todos sus afectos, pero también abre sus ojos á las lágrimas del dolor. En tanto que le hace conocer el horror de su pecado, le asegura su perdón; y si le invita al arrepentimiento, también le excita al amor. En una palabra, él le entristece y le consuela; él le hiere y le cura. ¡Oh, mirada de misericordia y de amor! Sin ella, jamás hubiera sentido Pedro la desgracia de su caída. Así, pues, en estas palabras: «El Señor se volvió... y miró á Pedro», está encerrada toda la historia de la infinita misericordia de Dios, y la de la miseria é ingratitud del hombre. En ellas se ve al hombre que cae por sí mismo, y que no se levanta sino con el auxilio de Dios. En ellas se descubre el exceso de la flaqueza humana y la necesidad de la gracia; ellas, finalmente, nos presentan en acción el misterio anunciado por el profeta, relativo á la fragilidad del hombre y á la necesidad de la gracia de Dios.

¡Ah! Nosotros tenemos indudablemente la libertad funesta de separarnos de Dios y huir lejos de él; pero no podemos volver á él si él mismo no nos llama, si él no da los primeros pasos, si no sale él mismo en busca nuestra! Nosotros podemos por nosotros mismos precipitarnos en el fondo del abismo, pero no podemos salir de él si Dios no nos tiende una mano compasiva: *Perditio tua, Israel; tantummodo in me auxilium tuum.*

Nosotros necesitamos, por consiguiente, que Jesucristo incline sus ojos hacia nosotros, pues que la mirada de Jesucristo, dice el venerable Beda, significa su gracia y su misericordia, sin las que ni aun podemos comenzar nuestra conversión y nuestra penitencia, y mucho menos consumarla.

Y para que no podamos dar por excusa de nuestra tardanza y de nuestra dilación, que no hemos alcanzado aún esa mirada de mise-

ricordia, á que están unidos la conversión y el perdón, el Santo Concilio de Trento tiene cuidado de advertirnos que esta mirada de misericordia no se niega jamás á quien la busca por medio de la oración, y que la gracia está siempre, por este medio, á disposición de todos.

Animo, pues; pidámos á Jesucristo que eche sobre nosotros una mirada de misericordia. Digámosle con San Agustín: Si apartáis de mi vuestro rostro adorable, perezo; mas un solo rayo de los que salen de vuestra faz me volverá á la vida. Abrid mis ojos á vuestra divina luz, porque yo no puedo elevar hacia vos una mirada de reconocimiento y de amor, si vos no inclináis antes sobre mí una mirada de misericordia y de piedad. Digámosle también con la Iglesia: Si, amable Jesús; dignaos volver los ojos hacia nosotros los que sucumbimos ó estamos próximos á sucumbir; haced que vuestra mirada nos levante y nos sostenga siempre firmes. ¡Ah! Si vos nos miráis, nos salvamos, porque podremos desde entonces lavar en las lágrimas de una verdadera contrición las culpas que hemos cometido, y recibir en ella la fuerza necesaria para no cometer otras nuevas, á fin de que, perseverando en la gracia del Señor, podamos alcanzar la eterna salvación. *Amén.*

LA SENTENCIA DE MUERTE EN EL TRIBUNAL DE CAIFÁS

In iudicium ego in hunc mundum veni, ut qui non vident videant, et qui vident caeci fiant.

Yo he venido á este mundo para el juicio; á fin de que aquellos que no ven vean, y los que ven, queden ciegos.

(JOAN, XIX, 39.)

Este juicio, que el Salvador ha venido á ejercer en el mundo, hermanos míos, es un juicio de misericordia y de rigor, de bondad y

de castigo á un tiempo mismo; de misericordia y de compasión para los ciegos, á fin de que abran los ojos á la luz; de rigor y de castigo para los que ven, á fin de que queden ciegos hasta el punto de no poder distinguir cosa alguna.

Los ciegos que debían ser iluminados con la luz divina en este misterioso juicio eran los gentiles. Después de haber reconocido su ceguera espiritual y de haberla confesado humildemente, debían recurrir al médico celestial que era el único que podía curarles, luego conocer á Jesucristo y creer en él, y, finalmente, dárnselos á conocer y hacernos creer en él. Por el contrario, los que veían, y en este juicio debían quedar realmente ciegos, eran los judíos que tenían en sus manos la ley y los profetas para ver y conocer en ellos al Mesías; pero que en castigo de su presunción y orgullo, no sólo no le reconocían, sino que le rechazaban y le harían morir; de modo que ellos y sus descendientes permanecerían en una ceguera profunda con relación al misterio de la Redención y de la salvación eterna.

Tal es la explicación dada por el mismo Jesucristo. En efecto, pensando los judíos que estas terribles palabras se dirigían á ellos, le dijeron: «¿De quiénes habláis? ¿Seremos nosotros por ventura esos que ven y que se quedarán ciegos, como decís?» Y el Salvador les responde afirmativamente, añadiendo estas palabras todavía más terribles: «Si fueseis ciegos y conocieseis vuestra ceguera, no seriais culpables; mas como sois ciegos y en vuestro orgullo pretendéis ver mejor que los demás, vuestro pecado permanecerá siempre en vosotros, y con el pecado subsistirá también vuestro castigo.»

Pues bien, este terrible juicio de castigo se cumplió solemnemente en el tribunal de Caifás. Allí, á pesar de que el Salvador revela y proclama en voz alta que él es el Hijo de Dios, la sinagoga, en nombre de toda la nación, se obstina en no reconocerle; ella le niega, ella le condena; y á medida que Jesús hace brillar su luz divina en los ojos de los judíos, se aumenta su ceguera.

Consideremos, pues, en este día con un santo terror este misterio de la iniquidad de los hombres y de la justicia de Dios, á fin de que, instruidos con el ejemplo de los judíos, evitemos el pecado de la obstinación y del endurecimiento, para poder evitar también el terrible castigo que les está preparado. *Ave María.*

El silencio misterioso, hermanos míos, en que había permanecido constantemente el Salvador y que había hecho triunfar su inocencia y su divinidad mucho más que si hubiera hablado largamente, había

reducido á la desesperación á sus jueces iníquos, porque les quitaba todo pretexto y motivo para condenarle. ¿Qué hace entonces Caifás para vencer un silencio tan extraordinario y que tanta inquietud le causaba? Imagina conjurar á Jesucristo por cuanto había de más santo y de más terrible en la religión judía, por el augustísimo nombre de Dios, persuadido de que el Salvador, á causa de su profunda religión y de su piedad sincera, y por respeto á un nombre tan santo, había de dar una respuesta. «Vamos, le dice, ya es tiempo de acabar. Yo te conjuro en el nombre del Dios vivo y eterno que nos digas claramente si eres el Mesías, el Hijo bendito de Dios.» Oh, hombre perverso, si desearas oír de la boca misma del Salvador esta verdad, es sólo con el ánimo de calumniarle y perderle. Porque si Jesús se encerraba en una negación absoluta, Caifás le hubiera convencido al momento de mentira, supuesto que el Salvador había dicho muchas veces que él era el Mesías y el Hijo de Dios. Y si él respondía afirmativamente, el gran Sacerdote le declaraba al momento culpable de profanación contra la religión y usurpación de la divinidad. La pregunta, pues, era insidiosa, y de cualquier manera que el Salvador hubiera contestado á ella, hubiera puesto en manos de sus verdugos el cuchillo para inmolarle. Por consiguiente, Caifás no busca la verdad para creer, sino un pretexto para condenar. ¡Hombre impío! Invoca el santo nombre de Dios para hacer morir al mismo Hijo de Dios.

Mas estos culpables designios, que una profunda hipocresía, cubierta con el manto de la religión, ocultaba á los ojos de los hombres, no podían escapar á la vista del Hijo de Dios, que penetra el fondo de los corazones. En efecto, Jesús responde á esta pregunta, sugerida por el infierno, en estos términos: «Si os digo que lo soy, sé muy bien que no me creeréis; si por el contrario os pregunto sobre los verdaderos caracteres del Mesías, sé de cierto que no me daréis respuesta alguna; de cualquier modo que sea, vosotros estáis resueltos á condenarme.»

¡Oh palabras divinas! ¿Qué es lo que en ellas debemos admirar? ¿Es la sabiduría que descubre los pensamientos más secretos? ¿Es la dulzura que se abstiene de toda reconvencción, y que omite toda reflexión severa contra unos hombres cuyos infernales designios acaba de desenmascarar? Porque es como si Jesús hubiera dicho al gran sacerdote: «Tú me conjuras, oh Caifás, para que te diga si soy el Hijo de Dios, el Mesías; tú finges un deseo sincero de conocer esta importante verdad. Mas yo, que leo tu corazón, sé que si te revelo la verdad, has resuelto no creerla, sino combatirla y reputármelo un cri-

men. ¡Desgraciado! Al hacer intervenir el santo nombre de Dios, le haces el ultraje más horrible, porque quieres hacerle cómplice de tu perfidia en la muerte de su Hijo.»

¡Cuán sabia y cuán preciosa es la declaración que el Salvador hace preceder á su respuesta! Nosotros vemos claramente por este preámbulo que si responde no es porque espere ser creído, ni porque la perfidia de Caifás le haya envuelto en sus redes. Porque antes de responder ha descubierto ya los lazos que se le tienden, y hecho ver que conoce todo cuanto Caifás quería en vano ocultar. Luego si responde, no es porque obedece á una interpelación cuya malicia é hipocresía conoce, sino al respeto que se debe al santo nombre de Dios, aun cuando esté en los labios del impío que le profana. Si responde diciendo quién es, no es porque se deje arrancar imprudentemente una verdad que sus jueces son indignos de creer, determinados como están á hacer de ella el más deplorable uso; sino porque cree deber esta revelación á sí mismo, á su Iglesia y á nosotros. ¡Ay! ¿Qué hubiera sido de nuestra fe si en unas circunstancias tan solemnes hubiera Jesucristo guardado silencio acerca de su divinidad, ó si sólo la hubiera confesado con palabras ambiguas? La perfidia de los judíos que no quisieron creerle, hubiera sido en cierta manera excusable, y la fe de los gentiles hubiera estado seriamente comprometida. Por esta razón Jesucristo responde á las dos preguntas que le hace el sumo sacerdote: «Sí, vos lo habéis dicho; yo soy verdaderamente el Hijo de Dios, el Mesías.»

Mas no era propio de la dignidad del Hijo de Dios responder simplemente como un esclavo, como un discípulo, ó como un acusado á quien se interroga; él debía hablar como Señor que manda, como Maestro que enseña y como juez que condena, y hacer conocer á aquellos hombres inicuos ciertas verdades que no querían conocer. Jesús añade, pues, con un tono majestuoso y severo: «Sin embargo, yo os declaro que llegará un día, en que vosotros, que os arrogáis el derecho de juzgar al Hijo del hombre, seréis juzgados por él mismo: vosotros le veréis entonces descender sobre las nubes del cielo á la diestra de Dios.»

¡Palabras terribles! ¡Funesta revelación! No, en tales circunstancias no puede ser éste el lenguaje de un simple mortal. Sola la sabiduría increada podía trasladar el pensamiento y el espíritu de los que le escuchaban, del tribunal de los hombres al tribunal de Dios, unir la revelación de su divinidad al recuerdo del juicio universal que es la prueba de ella, olvidarse de sí misma, pensar en la salvación eterna de los hombres que meditan su muerte y conmo-

verlos con palabras fulminantes á fin de convertirlos ó de hacerlos inexcusables. En efecto, es como si Jesús les hubiera dicho: «Que su condición era independiente de sus crímenes, de sus preocupaciones y de sus errores; que él no dejaba de ser Hijo de Dios, porque ellos se obstinaban en no reconocerle por tal; que si él comparecía ante ellos como su víctima, ellos, á su vez, comparecerían un día ante su tribunal como culpables; que si él se hallaba al presente entre sus manos para ser tratado como consentia serlo, ellos mismos caerán entre sus manos para darle cuenta de su injusticia, de su obstinación y de su incredulidad; que hay una diferencia infinita entre el juicio á que él se presenta libremente en este día, y aquel á que sus perseguidores se verán un día obligados á comparecer; entre Caifás y el Rey de la gloria, entre la asamblea de los impíos y el consejo de los ángeles, entre algunos falsos testigos y la inmensa multitud de los santos que pronunciarán con él su justa condenación; que ellos mismos, tan orgullosos hoy, tan insolentes y tan crueles, serán entonces confundidos, humillados y anonadados por la desesperación, y reducidos á servir de pedestal á aquel á quien abruman en este momento con su desprecio; finalmente, que ellos volverán á ver todo radiante de esplendor, de gloria y de majestad al que ven al presente caído en el último grado de humillación, y que supuesto que no quieren reconocerle por su tierno Salvador, experimentarán entonces en él un juez inexorable.»

Caifás aguardaba precisamente que esta respuesta saliese de la boca del Salvador; y para obtenerla había hecho intervenir el nombre de Dios. Al oírlo, pues, experimenta un péfido gozo en el fondo de su corazón. Porque siendo la cualidad de Mesías inseparable, según las profecías, de la dignidad de rey, Caifás creyó que desde el instante en que el Nazareno se proclamase el Mesías, podría deducir de aquí que aspiraba á hacerse rey, y que por consiguiente tendría derecho á acusarle, como le acusó en efecto ante Pilatos de aspirar á la soberanía. Por eso entonces finge exteriormente honda tristeza mientras que se regocija en su interior; él hace el papel de pontífice celoso por el honor de su Dios menospreciado, siendo así que sólo trataba de saciar su odio. Para producir Caifás una impresión más profunda en el pueblo, y hacer más vivo con demostraciones exteriores el horror que expresa en sus palabras, se abandona á movimientos violentos y á todos los arrebatos de un hombre que estuviera poseído de un dolor vehemente. El desgarró con furor sus vestiduras y las insignias del sacerdocio, como lo hacían los judíos cuando oían blasfemar de Dios, y dando un gran grito exclama: ¡Qué blasfemia

ha pronunciado! ¡El miserable ha blasfemado! ¡Vosotros todos los que estáis presentes habéis oído la blasfemia! ¿Qué necesidad tenemos ya de buscar pruebas ni de examinar testigos para condenarle?

Desgraciado Caifás, que no comprendió en su ceguedad el misterio terrible que cumplía entonces por aquel acto de sacrilego frenesí, por aquella pantomima de dolor. Al desgarrar él mismo sus vestiduras, y pisar las insignias del sacerdocio, se degradó con sus propias manos, hizo dimisión voluntaria del honor y de la dignidad de gran sacerdote, y, criminal y verdugo á un mismo tiempo, ejecutó en su persona esta ignominiosa sentencia.

En efecto, observad que Jesucristo, antes de fundar su Iglesia sobre Pedro y de entregarle las llaves del reino de los cielos, quiso reconociera y confesara Pedro mismo su divinidad en estos términos «Vos sois el verdadero Hijo de Dios vivo.» Pues bien, así como á la fe en la divinidad de Jesucristo que habia sido revelada por Dios á Pedro, y á la confesión que hizo de ella públicamente, fué á lo que debió el ser elevado al soberano sacerdocio de la Iglesia cristiana, así también la negación de este mismo dogma y la obstinación en rechazarlo públicamente según las sugerencias de Satanás, hicieron perder á Caifás el pontificado supremo de la sinagoga.

Otro rasgo de la *malicia infernal* de Caifás. Después de todo lo que ha hecho y lo que ha dicho, no pronuncia la sentencia por sí mismo, sino que finge querer recoger los votos de sus concolegas. El se vuelve hacia los miembros que componian el consejo, y les dice: ¿Qué os parece? ¡Oh modestia hipócrita! ¡Aparentar querer oír los votos de los senadores, después que les ha declarado y les ha impuesto el suyo propio! ¡Fingir que quiere asegurarse si ellos piensan que el Nazareno es digno de muerte, cuando él mismo le ha condenado ya anticipadamente! ¡Oh astucia infernal! Después de haber desgarrado él mismo sus vestiduras, con todas las señales del más profundo horror; después de haber llenado, con un acto tal, á todos los presentes de un religioso terror; después de haber calificado de horrible blasfemia la respuesta del Salvador; después de haber declarado que no habia necesidad de nuevas pruebas ni de nuevos testimonios para lanzar contra él una sentencia de muerte, ¿no es una irrisión amarga preguntar á los senadores su parecer?

La respuesta del gran consejo es tal como debía esperarse de unos viles aduladores, que rivalizaban con Caifás en odio contra Jesús, que participaban de su furor y que, de concierto con él, habian acordado pocos dias antes la muerte del Salvador. Todos se levantaron de sus asientos, y exclamaron á una voz: «Sí, nosotros creemos también que merece la muerte.»

¿Cómo, verdugos, condenáis así, sin más examen, á la pena de muerte al autor mismo de la vida? ¿Cosa incomprensible! Pilatos, aunque gentil, no querrá, como veremos después, condenar al Nazareno á ciegas. Él exigirá acusaciones precisas, pruebas sólidas y testimonios sinceros. El usará de todos medios, aun ilícitos, para salvarle. Seis veces declarará que no encuentra en el crimen alguno, y al lavarse públicamente las manos, dará un testimonio solemne de la inocencia del Salvador. Y la sinagoga y los príncipes de los sacerdotes, en esta cuestión capital, de la que depende la libertad política, la gracia espiritual y la salvación eterna de la nación entera que aguarda un Mesías después de tantos siglos, no se cuidan de examinar la conducta, la vida, la doctrina y los milagros de Jesús de Nazaret; no hacen indagación alguna para asegurarse de si es ó no el Mesías, sino que confunden precipitadamente las cosas divinas con las humanas, y burlándose de todo derecho y de toda justicia, sin motivos y sin pruebas, bajo la sola aserción de Caifás, tratan al Hijo de Dios de blasfemador de Dios; ellos le niegan, le condenan á muerte, y, según la profecía, corren ciegamente á derramar la sangre inocente y divina del que habia venido para salvarles.

Fijad también la atención en esta palabra: «Todos.» El Evangelista no la expresa sin intención.

Entre tantos personajes, todos distinguidos por su nacimiento ó por su saber, por su autoridad ó por su rango, es admirable que no se encontrase uno solo que tuviese bastante conciencia y bastante valor para invocar la justicia y protestar contra la falta de pruebas y contra las intrigas manifiestas. No; todos sin excepcion ratifican y confirman esta sentencia de muerte, tanto más injusta cuanto más precipitadamente fué pronunciada.

Sin embargo, este consejo, compuesto del soberano pontífice, de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo, representaba toda la nación judía. Y ved aquí á todo el pueblo judío, por el órgano de sus representantes, negando al Mesías que le estaba prometido, que nace de él, y que debia reconocer y adorar. Mas no se hace burla de Dios impunemente. Ved sino á ese mismo pueblo herido con un castigo terrible en el momento en que se hace culpable de un crimen tan enorme. En el momento es despojado de todos sus privilegios y de todas sus glorias. Entonces principia para él la horrosa serie de desgracias que le han sido anunciadas por los profetas, por no haber conocido el tiempo de la visita, ni al Salvador divino que se ha dignado venir á verle en persona. Mas, en tanto que los judíos desconocen al Mesías, él se descubre á los gentiles. Jesucristo,

condenado por el soberano pontífice de los judíos, funda su sacerdocio eterno. Condenado como blasfemador de Dios, llama á sí á todas las naciones de la tierra para que le reconozcan, le bendigan y le adoren en espíritu y en verdad. Mientras figura como culpable, obra como juez; pronuncia una sentencia de muerte eterna contra el alma de aquellos que quieren quitarle la vida del cuerpo; y de este modo cumple la terrible misión que ha venido á ejercer en el mundo, en virtud de la cual vuelve la vista á los ciegos, que conocen su estado y piden humildemente ser iluminados, y castiga con una ceguera terrible á los que tienen la presunción de creer que ven.

Esta sentencia del Salvador, que vemos hoy cumplirse contra los judíos en Jerusalén y en el tribunal de Caifás, ha continuado desde entonces y continúa aún ejecutándose en todos los países del mundo. A la hora misma en que nosotros hablamos, gracias á los esfuerzos generosos y sublimes de los Misioneros católicos, enviados por la verdadera Iglesia, y diseminados por toda la tierra, los países idólatras, las regiones más bárbaras y más inhospitalarias, los pueblos enteros, sentados por muchos siglos á la sombra de la muerte, encuentran la vista del alma y abren los ojos á la luz del Evangelio. Los ciegos ven á Jesucristo por el ministerio de sus nuevos apóstoles llenos de su espíritu y fortalecidos con su gracia; Jesús continúa aún desde lo alto del cielo la misión que principió á ejercer en la tierra, y por la que vino á vivir entre nosotros, la de iluminar al mundo. Mas en tanto que Dios, en su bondad, hace brillar la luz para tantos hombres, en su cólera, deja sepultados á otros muchos desgraciados en las más horrosas tinieblas. ¡Ved, entre otros, á los llamados filósofos de Alemania, de Francia y de Inglaterra! A fuerza de estudios, de raciocinios y de investigaciones, hechos deístas, panteístas ó ateos, han perdido las nociones más sencillas de Dios, de la religión y de la ley natural; han olvidado las creencias más universales y más comunes de la humanidad, y agitando en un círculo funesto de sistemas vergonzosos, contradictorios y absurdos, después de haber profesado todos los errores, han acabado por morir en la duda ó en la negación de toda verdad. ¡Ah! ¡cuán dignos son de compasión! Su ciencia no es otra cosa que locura; sus doctrinas no son más que horribles extravagancias. Ellos se creen ilustrados, y andan vagando en la obscuridad; ellos piensan que ven, y, sin embargo, están ciegos; ellos creen raciocinar, y no hacen más que delirar; y á pesar del soberbio título de racionalistas que se dan á sí mismos, han perdido no solamente la fe, sino también la razón.

¡Ah! En cuanto á esos espíritus á quienes una filosofía desarre-

glada ó una orgullosa herejía ha hecho salir de los caminos de la humilde fe, para lanzarse en los senderos de todos los errores, cuánto más preferible sería que no estuviesen dotados de razón, que no que abusasen de ella: mucho más les valiera no haber aprendido cosa alguna, que haber adquirido una ciencia funesta; más útil les sería ser ciegos de nacimiento, que ver falsamente; más les valiera ignorar el Cristianismo, que combatirlo, y carecer de toda noción del Evangelio, más bien que interpretarlo á medida de sus deseos y de sus pasiones. Ellos serían culpables indudablemente ante la ley natural, mas no ante la revelación positiva. Su pecado, como el de los gentiles, sería menos grave, y si ellos conociesen su ceguera, si buscasen la luz de la verdadera fe con un espíritu humilde y un corazón dócil, la gracia que ilumina á tantos gentiles, los iluminaría á ellos, y acabarían ciertamente por no caer en ningún pecado. Mas ellos conocen el Cristianismo, y lo niegan; la Iglesia, y la persiguen; el centro de la unidad, y se alejan de él; la enseñanza católica, y la calumnian; las antiguas creencias de los pueblos cristianos, y las desechan bajo pretexto de que repugnan á su razón, siendo así que sólo combaten su orgullo. Ved aquí por qué son verdaderamente ciegos; ved aquí por qué jamás curarán de la ceguera, que es culpable en ellos, porque es voluntaria.

Esta sentencia divina se cumple también, aunque de diverso modo, en esos católicos que, presuntuosos á la par que ignorantes, engreídos con la ciencia de los colegios, con la moral de las novelas y con la erudición de los almanques, se imaginan ser más ilustrados en materia de religión que los eclesiásticos más sabios, los hombres más piadosos y las mujeres más instruidas en la escuela misma de la devoción. Así es que tratan el Evangelio con tanta ligereza como se trataría la mitología; declaran que sus dogmas son demasiado oscuros, sus misterios demasiado incomprensibles y su moral demasiado severa. ¡Desgraciados! Usan ellos este lenguaje porque creen saber mucho, y todo lo ignoran; imaginanse ver, cuando están ciegos, y su ceguera crece cada día. Mas éstos son ciegos inexcusables, porque cierran voluntariamente los ojos al sol de la fe en su más brillante apogeo; éstos son ciegos más culpables que los mismos herejes, porque rechazan una luz que les ha alumbrado desde la cuna. Por consiguiente, su ceguera, que es á la vez el pecado y el castigo de su espíritu soberbio y de su corazón corrompido, será eterna.

La religión no es un negocio de orgullosa discusión, sino de humilde creencia; Jesucristo no vino al mundo á establecer un colegio de sofistas, sino una asamblea de creyentes. La oración es el medio

por donde se instruye el hombre en su escuela; cuanto más humilde es, tanto más aprende, y los progresos son en ella tanto más rápidos cuanto más dócil es el discípulo. Obligad, pues, á vuestra inteligencia á que tribute homenaje á la verdadera fe; humillad vuestro orgullo, renunciad á la vanidad de vuestras luces; desconfiad de vosotros mismos y de toda doctrina que no os sea enseñada por la Iglesia, depositaria única y fiel de las verdaderas creencias, maestra inefable y columna sólida de la verdad; humillaos y orad. Y en tanto que los imitadores de los judíos soberbios permanezcan en las tinieblas del orgullo, vosotros seréis milagrosamente iluminados, á ejemplo de los primeros gentiles, nuestros padres en la fe, por esta luz divina, que al ilustrar vuestro espíritu, enardecerá también vuestro corazón helado, y os comunicará la inteligencia práctica de los divinos misterios, el apego y el amor á las leyes divinas, y la fuerza necesaria para cumplirlas. Desde entonces, tranquilos y felices durante la vida, lo seréis mucho más después de la muerte, y sobre todo en el día solemne en que el Hijo de Dios renovará de una manera pública y brillante el gran juicio que vino á ejercer, y que ejerce ahora en el mundo de una manera particular y oculta, iluminando á los ciegos y dejando ciegos á los que ven, porque entonces los hombres que, llenos de presunción y orgullo, pretendieron durante su vida ser iluminados con la antorcha de la ciencia profana, serán cegados y sumergidos en las tinieblas exteriores, mientras que los humildes, los hombres sencillos y piadosos, que prefieren permanecer durante su vida en su feliz ceguera y en medio de las santas obscuridades de la fe, gozarán en el cielo de una vida bienaventurada, y á la luz de la gloria podrán contemplar á Dios con amor durante los siglos de los siglos. Así sea.

EL TRIBUNAL DE PILATOS

Y LA REVELACIÓN DEL REINO DEL MESÍAS

*Astiterunt reges terrae, et principes con-
venerunt in unum adversus Dominum et
adversus Christum ejus... Qui habitat in
caelis iridibit eos... Ego autem constitu-
tus sum Rex ab eis super Sion, montem
sanctum ejus, predicans praeceptum ejus.*

Los reyes de la tierra se levantaron, los príncipes se coligaron contra el Señor y contra su Cristo... El que habita en los cielos se burlará de ellos... Mas yo he sido por él establecido Rey sobre Sion, su monte santo, y en él publicaré su decreto.

(SALMO, II.)

El mundo religioso, cuando vino el que debía santificarlo, hermanos míos, estaba dividido en dos grandes familias, en dos grandes pueblos; el pueblo judío y el pueblo gentil. El Sanhedrin, residente en Jerusalén y presidido por el soberano pontífice, cabeza de la religión del verdadero Dios, representaba el pueblo judío. El pueblo gentil estaba representado por el Senado residente en Roma, y presidido por el emperador, que reunía la soberanía religiosa á la soberanía política, y era asimismo, bajo el título de soberano pontífice, la cabeza de la idolatría.

Mas como el Redentor debía ser inmolado por los dos pueblos, era necesario que los dos pueblos concurriesen unidos á su sacrificio. Ved aquí por que la sinagoga y el imperio, Caifás y Pilatos, César y Herodes, los judíos y los gentiles tomaron parte en la muerte de Jesús. David había anunciado este grande acontecimiento en términos muy claros, cuando dijo: Los reyes de la tierra y los príncipes de los sacerdotes se coligaron, como un solo hombre, y con una horrorosa unidad de odio y de injusticia se levantaron contra el Señor y contra el Mesías su enviado. Pero el mismo profeta había anunciado igualmente que el Señor se burlaría de esta impía conspiración

de los hombres; y que el Mesías, por lo mismo que todos le condenarian, se haría el verdadero rey de todos y reinaria sobre el santo monte de la nueva Sión, su Iglesia, para publicar á todos el gran precepto de Dios, la verdadera religión y la verdadera ley de Dios.

Pues bien, esta profecía empezó á cumplirse cuando el Sanhedrin, después de haber condenado á muerte al Mesías, le citó ante el tribunal de Pilatos, gobernador romano y representante de César, para que él le condenase á su vez y le hiciese crucificar. Mas Dios se burló de la perfidia del uno y del otro, porque él se sirvió de esta ocasión para hacer reconocer la dignidad real de su Mesías y anunciar al mundo por él su religión santa.

Tal es el gran misterio que vamos á explicar, es decir, Jesucristo puesto por los judíos en manos de Pilatos, y revelando ante el mismo Pilatos su soberanía y su ley. Nosotros comprenderemos en él cuán importante es observar esta ley para tener la gloria de pertenecer al reino celestial. Imploremos antes los auxilios de la gracia. *Ave María.*

De todas las pasiones humanas, hermanos míos, el odio y la envidia son las que ciegan más el espíritu, las que ejercen sobre el corazón el dominio más violento, é impelen al hombre á hollar su propia dignidad y á desconocer lo que se debe á sí mismo. Ved esa turba furiosa al redor del pretorio; ¿creéis, por ventura, que se compone tan sólo de gente perteneciente á la infima plebe? No; en medio de ella se halla el consejo supremo de la nación, tal como se encontraba reunido en la casa de Caifás; se encuentran los príncipes de los sacerdotes, los setenta senadores, los fariseos y los doctores de la ley, que se habían trasladado en cuerpo, con el gran sacerdote á su cabeza, al palacio de Pilatos. Todos estos hombres están dominados por un odio cruel que los ciega, los subyuga y los transporta; y, por consiguiente, así como no se ruborizaron de representar el papel de esbirros en el huerto de las Olivas, tampoco se avergüenzan ahora esos personajes tan respetables y tan graves de convertirse en verdugos y acusadores de Jesús para hacerle morir.

Los romanos, hechos dueños de la Judea, habían quitado al consejo supremo de la nación el derecho soberano de condenar á pena de muerte. Mas al despojar al Sanhedrin de los judíos del derecho de hacer morir á los culpables, les habían dejado, sin embargo, el juzgarles según sus leyes, con la reserva expresa de que el presidente romano debía confirmar la sentencia para que pudiese ser ejecutada. ¿Por qué, pues, los sacerdotes y los ancianos, que habían juz-

gado ya y condenado á muerte como blasfemo á Jesús de Nazaret, no se contentan con solicitar de Pilatos la confirmación de su sentencia? ¿Por qué le presentan el pretendido criminal cargado de cadenas, le llevan la causa original, y quieren que él mismo proceda á un nuevo juicio y condene á Jesús según las leyes romanas? Los judíos hicieron todo esto por diversas razones. Esto lo hicieron, en primer lugar, para salvar su reputación para con el pueblo, admirador de Jesucristo. Porque mostrándole que no eran ellos los que condenaban á Jesús, sino que era condenado por el tribunal de Pilatos, no como un mal judío, sino como un ciudadano sedicioso, podrían hacer creer al pueblo con facilidad que ellos no habían tomado parte alguna en su sentencia de condenación. Esto fué en segundo lugar, porque ellos querían hacer morir á Jesús, más bien que como culpable de crímenes contra la religión, como convencido de crímenes políticos, como un sedicioso, un rebelde, un perturbador de la tranquilidad pública. Pues bien, Pilatos era el único juez competente para pronunciar una sentencia en esta materia.

Finalmente lo hicieron así, porque no bastaba al odio de los judíos que el Salvador muriese, sino que exigía que sufriese la muerte de los esclavos, que era la muerte de cruz, á fin de que el oprobio de su suplicio empañase para siempre la reputación de su persona y destruyese enteramente la creencia en que muchos estaban de que era el verdadero Mesías. Y como las leyes judaicas no admitían el suplicio de la cruz, que sólo estaba adoptado en la Judea cuando se aplicaban las leyes romanas, quisieron que la causa del Nazareno se sometiese al juicio del magistrado romano, que era el único que podía imponerle esta pena.

¡Oh judíos tan insensatos como pécidos! Al entregar á Jesús en manos de Pilatos para que sea crucificado, no tenéis otro objeto que el de saciar vuestro odio contra el Mesías, y sin embargo, ciegos como sois, no hacéis otra cosa que servir á su amor para con los hombres. Vosotros reunís todos vuestros esfuerzos para hacerle morir en la cruz, pero no hacéis más que cooperar al cumplimiento de sus designios y de sus predicciones, y proporcionarle el género de muerte que él mismo ha elegido independientemente de vuestra criminal voluntad. Así, pues, los pensamientos que ocupan vuestra imaginación son vanos, el odio que os agita es impotente, y Dios, el Mesías contra quien conspiráis de acuerdo con los gentiles, se burla de vuestro furor.

El evangelista advierte asimismo que los magistrados judíos, que llevaron á Jesús hasta el pretorio, le dejaron en la puerta; ellos no

pasaron el umbral, alegando que no querían contaminarse entrando en la casa de un infiel, sino conservarse puros para poder comer las víctimas que se inmolaban por espacio de siete días durante la pascua. ¡Oh detestable hipocresía! Ellos temen contraer una impureza legal entrando en la casa de un pagano, y no temen hacerse criminales yendo á solicitar la muerte del justo.

Pilatós, en esta circunstancia, verdadero modelo de jueces integros, no quiere proceder á ciegas, no quiere condenar por simples prevenções, sino por hechos positivos. Antes de pronunciar su sentencia quiere conocer el proceso; él quiere juzgar, mas no oprimir; quiere aplicar la ley, pero no servir á las pasiones de otros. El acusado está presente, les dice: ¿cuáles son los crímenes? yo quiero hechos y no palabras.

Esta pregunta imprevista los desconcierta y confunde. Ocultando bajo el manto de un orgullo fingido su engaño y sorpresa, responden: «Si este hombre no fuese un malhechor, conocido públicamente por tal, no le hubiéramos traído nosotros en persona á tu tribunal.» ¡Oh cielos, extremeceos de horror! Aquel cuya vida ha sido una serie continua de gracias y bendiciones, aquel que cifraba sus delicias en sembrar á su paso los beneficios, es tratado de malhechor por los más criminales de entre los hombres. Y sin embargo él sufre todo esto con una paciencia inalterable, y guarda el más profundo silencio. ¡Oh hombre, tan propenso á irritarte por la más leve injuria; antes de abrir tu corazón al odio y abandonarte á la venganza, ah! ¡acuérdate que el Hijo de Dios fué tratado de malhechor para atraer sobre ti el perdón de tus malas obras! Y vosotras, almas cristianas, almas justas, acordaos también de la horrible afrenta que vuestro Dios y vuestro Salvador sufre por vuestro amor, y consolaos, regocijaos de sufrir los insultos de los mundanos por el amor de Jesús.

Sin embargo Pilatós, con su buen sentido, estuvo muy lejos de contentarse con una respuesta que nada probaba, por lo mismo que afirmaba demasiado. Quiere precisar sus acusaciones contra el Salvador.

Ellos le dicen: «Nosotros tenemos pruebas irrecusables de que este hombre siembra la discordia entre el pueblo; que prohíbe que se paguen al emperador los tributos que le son debidos, y que va publicando por todas partes que él es el Mesías y el rey de los judíos.» Nada había más falso que estas acusaciones. La vida entera y el carácter dulce y humilde del Salvador su más solemne refutación. Pero nada había tampoco más capaz por su gravedad de excitar el celo de

un hombre de Estado, supuesto que se trataba del crimen de lesa majestad, acusando á Jesús de haber aspirado á la soberanía. Mas Pilatós comprendió al momento que en estas acusaciones había más odio y mala fe de parte de los acusadores, que culpabilidad en el acusado. Mas para hacer ver que no permanecía pasivo en un negocio que se presentaba con un aspecto tan grave, dejando á los judíos agitarse en tumulto fuera del pretorio, entra en la sala donde había hecho colocar al Salvador, cuando los judíos le habían puesto en sus manos, y le hace comparecer en su presencia.

Pero ningún aprecio hace de los dos primeros capítulos de acusación presentados por los judíos contra el Salvador, porque sabía por experiencia que ninguna acusación de este género había sido presentada jamás en su tribunal contra Jesucristo. El se limita únicamente al tercer capítulo, es decir, á sus pretensiones de ser rey. Sin embargo, no da á conocer á Jesús que ésta era la queja principal que los judíos, fuera del pretorio, tenían contra él, y esto á fin de que se explicase con más libertad. Pregúntale simplemente, más bien con el acento de un amigo que conversa, que con la severidad de un juez que interroga: «¿Eres tú el rey de los judíos?»

Mas, ¿qué puede la prudencia humana contra la sabiduría divina? Pilatós pretende con esta sencilla pregunta penetrar mejor los pensamientos del Señor, y Jesús le hace una pregunta que obliga á Pilatós á manifestar los suyos. Porque ella la prueba que ha leído el corazón de Pilatós, y que ha conocido lo que los judíos habían alegado en su ausencia contra su persona: «¿Es verdaderamente como hombre, ó como amigo cómo procuráis saber, oh Pilatós, si yo soy rey? ¿ó me preguntáis más bien como juez, porque mi soberanía os ha sido presentada por los judíos como un capítulo de acusación?» El gobernador se queda estupefacto al ver que su pensamiento es adivinado por Jesucristo, y le confiesa con cierto embarazo que como juez le ha hecho efectivamente esta pregunta, porque ella se refiere al crimen de que los judíos le habían acusado. Pilatós, pues, responde: «Yo no soy judío. Los mismos de tu nación, los jefes de tu religión son los que te han acusado de ambicionar la dignidad real y me han remitido el juicio de esta causa. Yo deseo saber cómo has podido dar motivo para semejante imputación. ¿Eres, ó no eres efectivamente el rey de los judíos? ¿Y en qué sentido pretendes ser rey?»

Desde el momento en que Pilatós declara que no pregunta como hombre llevado por la curiosidad, sino como magistrado revestido de autoridad pública, el Hijo de Dios no se niega á responder; y de una manera clara, precisa y que no deja lugar á duda acerca de sus pala-

bras, manifiesta y revela al universo el gran misterio de su soberanía. ¡Cuán hermoso es ver á nuestro Divino Maestro transformar todos los lugares y todas las circunstancias de sus ignominias en otras tantas escuelas donde explica los oráculos de su sabiduría y desde donde gobierna al mundo! Ved aquí, en efecto, lo que dice: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis vasallos sin duda pelearían para que yo no fuera entregado en manos de los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí.» Con esta respuesta ha destruido de un solo golpe la falsa idea que los judíos habían formado del reino del Mesías. En estas pocas palabras nos ha dado la clave de la Escritura Sagrada; él ha explicado todas las profecías; ha manifestado el verdadero espíritu de la nueva alianza; nos ha dicho que el reino de Jesucristo no es político ni temporal, sino espiritual y divino; que se establece en los corazones por la fuerza de la gracia, se extiende por las armas de la paciencia y prospera por el menosprecio de las cosas terrenas; que nada promete de cuanto la concupiscencia mundana persigue sin descanso, sino que invita por medio de las humillaciones, atrae con la cruz y recompensa con el martirio; que este reino no tiene relación con el mundo presente sino para inspirar desprecio á él, y que descendió del cielo sin otro objeto que el de hacer felices eternamente en el cielo á sus súbditos.

Es claro que al hablar el Salvador á Pilatos de un reino propio, de un reino nuevo y exclusivamente suyo, se atribuía el título y la cualidad de rey. Pilatos, por consiguiente, le replicó: «Es cierto, pues, que tú eres rey.» Y Jesús responde con modestia: «Tú lo has dicho; yo soy verdaderamente rey.» En seguida, dando más fuerza á su voz y á sus palabras, continúa diciendo á Pilatos, y á nosotros en la persona del gobernador: «Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad, y todo el que pertenece á la verdad escucha con docilidad mi voz, la conoce y la cumple.»

La verdad en el sentido religioso no es otra cosa que el conocimiento de Dios y del hombre, de las relaciones que deben existir entre los mismos, y de las relaciones que deben unir á los hombres entre sí. La verdad es la verdadera religión que abraza el dogma, la moral y el culto; la religión que los judíos no conocían sino en expectación y en estado de figura, y de la que los gentiles no tenían idea alguna. Luego si nosotros conocemos al presente á Dios, si conocemos el misterio de las tres divinas personas, si conocemos al hombre y su origen, su condición y su fin, sus deberes, su caída y su reparación; el mediador y sus misterios, sus gracias y sus promesas, la ley divina y sus preceptos, sus amenazas y sus recompensas; si

tenemos la inestimable ventaja de profesar estas grandes é importantes verdades que el mundo antiguo había obscurecido con sus fábulas, ó perdido enteramente; estas verdades en cuya investigación había agotado la sabiduría humana todos sus esfuerzos por espacio de muchos siglos sin poder descubrirlas jamás; si conocemos, repito, estas verdades, es porque Jesucristo, verdadero rey de un nuevo reino puramente espiritual, sentado en el monte profético de la Iglesia, como en un trono, nos las ha hecho crecer por su enseñanza y nos las ha hecho amar por su gracia, y ved aquí como ha reinado, cómo reina todavía y reinará para siempre en el espíritu y en el corazón de los hombres.

¿Y con qué objeto se ha hecho esta importante revelación? El Salvador mismo nos lo ha declarado cuando añadió: «Todo el que pertenece á la verdad escucha mi voz. ¿Quiénes son los que pertenecen á la verdad? son las almas humildes, sencillas y modestas que tienen un deseo sincero de conocer y un corazón inclinado á amar, y que están dispuestas á practicar la verdad. Pues bien, el Señor nos dice que esas almas escuchan la voz de Jesucristo y su enseñanza con docilidad y con fruto. Mas los que pretenden conocer la verdad con un espíritu de odio para combatirla y ahogarla, como hicieron los judíos; con un espíritu de desprecio para ponerla en ridiculo, como hizo Herodes, y con un espíritu de indiferencia para condenarla ó sacrificarla á la política ó á los respetos humanos, como hizo Pilatos, esos nada tienen de común con la verdad, ninguna simpatía secreta tienen con ella; ellos le son enemigos ó extraños, y ved aquí por qué se les niega la revelación divina. Esos no merecen oír la voz de Jesucristo, ni comprenderla en el sentido que podría ilustrarles, justificarles y salvarles; por el contrario sólo la oyen materialmente como un ruido vano, como un sonido privado de sentido, que los deja en su ceguedad y pronuncia su condenación.»

En las circunstancias de que se trata, Pilatos es una prueba sensible de la verdad de esta profecía de Jesucristo. Él no posee ese espíritu humilde, ni ese corazón dócil que dispone al hombre á recibir la verdad y á practicarla, y que establece un verdadero parentesco, una afinidad secreta entre el hombre y la verdad. Así pues, mientras que el Salvador le revelaba cosas tan sublimes acerca de su soberanía y de su reino, Pilatos oía el sonido de su voz divina, sin penetrar el sentido. Es verdad que, sorprendido de la manera nueva con que el Salvador habla de la verdad, la curiosidad le movió á preguntar, como preguntó en efecto, ¿qué cosa es la verdad? Mas esta era una curiosidad puramente excitada en él por el espíritu filosófico, y no

por el celo de la religión. En efecto, en el momento en que Jesucristo parecía dispuesto á responderle y á instruirle, Pilatos se levanta, abandona su tribunal, deja en cierto modo á Jesucristo con la palabra en la boca, y sin esperar la respuesta sale para arreglar á los judíos.

Ved aquí, hermanos míos, una pintura fiel de esos cristianos que tienen de tiempo en tiempo cierta veleidad, cierto deseo vano de oír la palabra de Dios y de conocer las obligaciones que su ley les impone; pero que en seguida, cuando esta palabra santa, esta augusta verdad comienza á sonar en sus oídos por medio de la predicación evangélica, se retiran, huyen y no quieren saber más. ¡Ah! Esto consiste en que ellos temen su voz importuna, su acción severa, su justa autoridad que ordena ciertos sacrificios, exige ciertas reformas, condena las injusticias y amenaza con el castigo, mientras que ellos no quieren que se les altere en lo más mínimo la vergonzosa felicidad que se han creado en el seno del vicio y del desorden.

¡Cuán profundas son las palabras con que el Evangelista principia el relato que acabo de explicar! «Los judíos, dice, entregaron á Jesús en manos del gobernador Poncio-Pilatos. Este fué un acto solemne por el que el pueblo judío, representado por el gran consejo, renunció en nombre de todos los demás judíos presentes y futuros al Mesías prometido á sus padres y esperado por tanto tiempo, y se declaró satisfecho de no pertenecer ya al Salvador del mundo.

Desventurados judíos, ¡qué pérdida tan grande habéis sufrido! ¡qué precioso es el tesoro de que os habéis despojado abandonando así al Mesías, que era el único título de vuestra existencia y de vuestra gloria! Pero vosotros expiaréis sin duda alguna este gran crimen, y supuesto que habéis entregado á Jesús á los romanos para hacerle morir, vosotros caeréis también en poder de los romanos para ser humillados, abatidos y destruidos por ellos.

Desde este día comienza para vosotros, infortunados, una serie de espantosas desgracias. Ya no habrá para vosotros luz ni profecías, ni ciencia de Dios ni conocimiento de sus misterios y de sus leyes. La escritura será para vosotros un libro sellado, que leeréis sin comprender, y en el que encontraréis á Jesucristo en cada página, y sin embargo no lo veréis. Desde este día no tenéis ya templo, ni altar, ni sacerdote, ni sacrificio, ni ciudad ni reino. Este día fatal convertirá todas vuestras solemnidades en un amargo duelo y en un dolor eterno.

Al recibir Pilatos, como romano y como lugarteniente del emperador y del mundo pagano, al Redentor que los judíos le entregaron,

toma posesión de él en nombre de los romanos y en nombre de los judíos. En virtud de esta acción de los judíos, nosotros los gentiles hemos venido á ser los verdaderos hijos de la promesa, la raza de Abrahán, la verdadera casa de Jacob. La Iglesia Católica ocupa el lugar de la sinagoga. A ella se transmite la ciencia de las Escrituras, á ella se confía el depósito de la verdadera fe, á ella se ha trasladado el verdadero sacerdocio, el verdadero sacrificio, el verdadero culto, conocimiento de todas las leyes de Dios y la dispensación de todas las gracias de la salvación eterna. Roma se hace la capital del nuevo reino espiritual, que sin ser del mundo, ha venido el Redentor á establecer en el mundo; y el Vaticano se hace, en lugar de Sión, el verdadero monte santo sobre el que el Hijo de Dios, constituido rey por su Padre, coloca su trono y desplega su soberanía, su autoridad y su imperio, anunciando á todo el universo desde lo alto de esta montaña sagrada la verdadera religión y la ley divina.

Reconozcamos, pues, nosotros que somos cristianos y descendientes de padres gentiles, reconozcamos con San Pablo el acto de inefable misericordia por el que Dios nos sacó, sin mérito alguno de nuestra parte, de la gentilidad en la que hubiéramos permanecido viles esclavos de todos los errores y de todos los vicios, para trasladarnos al reino de Dios, y hacernos participantes del amor divino. Reconozcamos este inmenso beneficio con la gratitud más sincera y la adhesión más afectuosa. Reconozcámoslo sosteniendo, con la pureza de nuestras costumbres, el honor de pertenecer á un monarca tan grande; manifestémoslo llenos de celo por su gloria, llenos de un santo respeto por sus templos y observadores fieles de sus leyes, á fin de hacernos después participantes de sus recompensas eternas. *Amén.*

EL SILENCIO

*Deus eum qui non noverat peccatum,
pro nobis peccatum fecit: ut efficiamur ius-
titia Dei in ipso.*

Dios por nuestro amor trató á aquel que no había cometido el pecado, como si hubiera sido el pecado mismo; á fin de que nosotros fuésemos hechos justos por la justicia de Dios.

(II. CORINTH. v. 21.)

No hay convenio ni unión posible entre la luz y las tinieblas, entre la inocencia y el crimen, entre la santidad y el pecado. Sin embargo, habiendo Jesucristo obtenido de su Padre la gracia de colocarse en nuestro lugar y cargar sobre sí todos los pecados del mundo, con objeto de expiarlos, estos pecados se hicieron en cierto modo suyos propios, como si él los hubiese cometido personalmente. Así se cumplió el grande é incomprensible misterio, predicado por San Pablo, que nos muestra la inocencia, aunque libre de la más pequeña culpa, sometida sin embargo en la persona del Redentor á todas las penas debidas al pecado. Aquel que jamás había conocido el pecado, se hizo á los ojos de Dios como el pecado personificado, el pecado viviente. Ved aquí por qué él sufrió todos los castigos que habían merecido los pecadores, á fin de que, así como el Salvador se había hecho en nosotros y por nosotros pecador en apariencia por nuestro propio pecado, nosotros nos hiciésemos también en él y por él santos y justos por la santidad y la justicia misma de Dios.

Uno de los castigos reservados á los pecadores era el de tener que sufrir un día un juicio terrible. Habiéndose colocado el Redentor en la condición aparente de los pecadores, debió ser igualmente juzgado; mas no pudiendo tener por juez á Dios su Padre porque tiene la misma autoridad y la misma naturaleza que él, debió ser juzgado por los hombres. Tal es el misterio de la comparecencia de Jesucristo ante los tribunales, en los que, antes de ser inmolado como víctima, fué, á pesar de su inocencia, acusado é interrogado como el hombre más

culpable, como el representante de nuestra culpabilidad; porque así lo quiso su eterno Padre. Mas, supuesto que hemos visto ya la injusticia, la desvergüenza y la mala fe con que fué acusado, y que suministraron una prueba legal de que él no había cometido ni aun la sombra siquiera del pecado; veámosle hoy condenado al silencio y á la confusión de un criminal; y esto con el fin de que nosotros nos librásemos de la horrible confusión que nos esperaba en el tribunal formidable de Dios, y que pudiésemos comparecer en él revestidos de su propia justicia.

Entremos, pues, en esta piadosa consideración, y aprendamos á abrir los ojos para no volver á caer en el horrible estado de que fuimos sacados por la misericordia divina. *Ave María.*

Pilatos, educado en la idolatría, profano por su condición y sensualista por su filosofía, estuvo muy lejos de comprender la doctrina profunda de Jesucristo acerca de la naturaleza divina y puramente espiritual de su reino. Sin embargo, dotado de una gran penetración y de cierta rectitud de corazón, comprendió perfectamente, por las respuestas del Salvador, y más aún por su majestuosa actitud en medio de su humillación, que Jesús no era un hombre de partido de quien debían temerse sediciones ó motines; que no era un ambicioso que pudiese aspirar á un poder soberano, que rivalizase con el del César; que si él era rey, su soberanía era religiosa y no política, y que por consiguiente no podía hacer sombra al representante del emperador ni excitar sus celos.

En esta íntima convicción, lleva á Jesús fuera del pretorio al lugar donde se habían detenido los principes de los sacerdotes, entre una turba inmensa de pueblo. «Yo he examinado cuidadosamente, les dice, al preso que me habéis presentado, y de mi examen, confrontado con vuestras imputaciones, resulta en mi juicio que las pruebas de los crímenes que le imputáis no existen ni aun en apariencia; que, por consiguiente, no hay motivo alguno de acusación, ni mucho menos de condenación.

Ved aquí pues de parte de un juez sobre el que no puede caer la más leve sospecha de parcialidad, por cuanto es extranjero, y porque ha sido elegido por los acusadores mismos; ved aquí, repito, una justificación en regla que no puede ser más clara ni más precisa, que ha sido precedida de un interrogatorio y que es pronunciada en presencia del pretendido criminal, de los acusadores y del pueblo. Burlados los judíos en su bárbaro designio por esta declaración de Pilatos, y tratados indirectamente de calumniadores, se entregaron abier-

tamente á todo su furor, acumularon contra el Señor nuevos cargos y nuevas calumnias, y pusieron tanta mayor energía en repetirlos, cuanto menos capaces eran de probarlos. ¿Qué hizo entonces el Hijo de Dios? A todas estas mentiras inventadas por los más inicuos de los hijos de los hombres, opuso la única justificación que convenia á su inocencia, á su grandeza y á su dignidad: una calma modesta, un severo y majestuoso silencio. Cuando en las causas criminales se levanta una sospecha de calumnia, es obligación del magistrado poner fin inmediatamente á los debates. La tergiversación y continuación del interrogatorio no sirve más que para aumentar la audacia de los calumniadores. Esta es la razón porque después de haber hecho Pilatos una declaración tan terminante y solemne, debia al momento haber arrojado con indignación á los judíos de su presencia, haberles impuesto silencio y haberles amenazado castigarles por haber osado calumniar á un inocente en su tribunal. Pero su carácter no correspondia á su talento. Tuvo, sí, la debilidad de no sostener la sentencia justa que habia pronunciado y de hacerla por el contrario dudosa en su efecto, interrogando de nuevo al Salvador. ¿Y qué pretendia con esto? Nada más que hacer hablar á Jesús. Con este objeto le dice: ¿No oyes los cargos que estos hombres hacen pesar sobre tí? Vamos, responde; pronuncia algunas palabras en tu defensa.

Pilatos insiste en hacer hablar á Jesús y le obliga á justificarse, porque tiene deseos de salvarle. Este magistrado, que ha reconocido y proclamado la inocencia del acusado, no se atreve á librarle, y pretende que el acusado se libre á sí mismo. Pero Jesús, á pesar de las vivas instancias de Pilatos, permanece en el más absoluto silencio.

En este silencio se encerraba una enseñanza sublime. En primer lugar, dice Orígenes, anunciaba una cosa maravillosa, grande y sublime de que no habia ejemplo entre los hombres. Porque jamás se vió un hombre colocado bajo el peso de una acusación capital, con la perspectiva de una muerte ignominiosa y cruel, permanecer en una tranquilidad tan imperturbable, guardar silencio y manifestar en su fisonomía una serenidad tan grande, en sus maneras una dulzura tan maravillosa, y en su semblante una dignidad tan perfecta.

El silencio del Señor no sólo excitó la admiración de Pilatos, sino que le inspiró también la idea de salvarle. Así, pues, ¿cuánto hizo Jesús brillar en esta circunstancia su poder y grandeza, supuesto que se defendió sin responder, persuadió sin hablar, y con su silencio se hicieron más evidentes aún á los ojos de Pilatos su propia inocencia y la calumnia de sus enemigos. Desesperando éstos de hacerle pasar por un sedicioso, presentan su doctrina como subversiva;

dan gritos como frenéticos. «Es culpable, es culpable, exclaman; es una persona peligrosa, un hombre turbulento, que con su doctrina subleva á todo el pueblo judío, desde los confines de Galilea hasta Jerusalén; su predicación ha sembrado la discordia en las provincias y la paz ha cesado de reinar en ellas. ¿Y qué hizo entonces Jesús? Sin manifestar la más pequeña emoción ni la menor turbación, les deja gritar y continúa guardando silencio.

Por otra parte, los clamores furiosos, los gritos frenéticos con que proponian las acusaciones, no hacian otra cosa, dice el venerable Beda, que poner más en evidencia, por una parte, la ciega pasión y la perversidad de los acusadores, y por la otra, la inocencia del acusado.

El Señor no tiene necesidad, añade San Ambrosio, de tomar la palabra para su justificación personal, porque sus enemigos, en el modo y forma de acusarle, le justifican ellos mismos de sus propias inculpaciones, y le vengan de sus calumnias. Su silencio es su más bella apología; rehusando defenderse, da Jesús la prueba más evidente de que la defensa no le es necesaria.

No sólo este silencio es una apología de su propia inocencia, sino también un silencio expiatorio de las faltas de los hombres. Porque cuando Jesucristo habló, lo hizo siempre en cualidad de pastor que instrua á las almas; al presente, su silencio es el de un cordero lleno de mansedumbre que se inmola por nosotros. Recordemos los pecados y los innumerables excesos que los hombres cometen con la lengua. ¡Qué de imprecaciones y de blasfemias contra Dios! ¡Qué de murmuraciones y de calumnias contra el prójimo! ¡Qué de impaciencias y de maldiciones contra sí mismos! ¡Ah! Con la lengua es con lo que los hombres más frecuentemente pecan. Las personas mismas consagradas á la religión y á la piedad, que viven lejos de los vicios, no siempre pueden librarse del pecado de la lengua, y ofenden más ó menos gravemente en sus discursos á Dios y al prójimo. Pues bien, esa multitud espantosa de pecados que se cometen con la lengua, es la que expió Jesucristo con el silencio que observó en el momento más solemne de su defensa, y por el mérito infinito de su expiación, se nos ha prometido el perdón de los pecados de palabra, cuantas veces tengamos un dolor sincero de ellos.

Recordemos también que Adán y Eva agravaron su crimen al querer excusarse, y al echar la culpa, él á su esposa, y ella á la serpiente. En el naufragio en que pereció su inocencia, se privaron así de la verdadera tabla de salvación, que es la penitencia. Este segundo pecado de Adán y Eva debia ser expiado, porque añadia grave-

dad al primer pecado. Pues bien, Jesucristo, al guardar el silencio de un culpable ante las falsas acusaciones que se hacían pesar sobre él, cumple precisamente esta gran expiación del pecado verdadero, cometido por nuestros primeros padres.

Mas ¡ay! los pecadores no tendrán parte alguna en el mérito de esta expiación de que los justos gozarán abundantemente en el día del juicio. Esta cizaña será arrancada, según la predicción de Jesucristo, y atada en gavillas para ser quemada; es decir, que los hijos de la iniquidad serán separados por los ángeles, y reunidos por ellos, según las especies de sus pecados, en grupos de incrédulos, de herejes, de tiranos, de sacrilegos, de adúlteros, de voluptuosos, de ladrones, de falsarios, de perjuros, de calumniadores y de incestuosos, que todos verán con igual estupor su propia confusión y su propio silencio. Entonces será pasado ya el tiempo en que cada uno excusaba sus mismos pecados ó los ocultaba al conocimiento de los hombres. En ese gran día se romperá el velo de la impostura, y caerá la máscara de la hipocresía. Cada uno llevará escrita en su frente la historia de su propia vida y la ignominia de su propio corazón. Cada uno parecerá entonces lo que realmente es.

Ahora es tiempo, amados hermanos, de evitar una desgracia tan grande y de librarnos de una venganza tan terrible. Jesucristo, la inocencia infinita, por el mérito de su silencio y de la confusión que sufrió al comparecer ante el tribunal de los hombres como un criminal, nos mereció ser libres de la confusión y del silencio á que nos habíamos de ver condenados en el tribunal de Dios. Sólo se trata de aplicarnos el fruto de esta grande expiación. Para esto, esforcémonos en vivir al presente unidos á él por la confusión de la verdadera fe y por la observancia exacta de sus preceptos. Procuremos participar de las ignominias, de la vergüenza y del humilde silencio del Redentor; á fin de que en el último día, en vez de ruborizarnos y de temblar entre los réprobos, ante la terrible majestad del supremo Juez, podamos presentarnos entre los elegidos, justos por su justicia y gloriosos por su gloria.

David había anunciado que el Mesías, el justo por excelencia, ordenaría todas sus palabras con una sabiduría admirable y un juicio exquisito. Pues bien, el Salvador cumplió exactamente esta profecía ante los tribunales. Es digno de notar que él dió al menos algunas respuestas á Pilatos, que había tomado parte en este juicio contra su voluntad, y que se negó á contestar á los príncipes de los sacerdotes, juzgándolos indignos de oír su voz por causa de su odio y de su apostasía.

Mas en tanto que Jesús castiga con su silencio á los judíos de su tiempo, anuncia igualmente el terrible castigo de los futuros judíos. En efecto, Jesucristo hablando á Pilatos con tanta majestad y tanta dulzura á la vez, revelándole la naturaleza de su reino y el objeto de su misión en el mundo, es Jesucristo lleno de misericordia que, recibido por los gentiles en la persona del gobernador romano y hecho en cierto modo su propiedad, debe ser un día de una manera especial el maestro y el Salvador de los gentiles. Jesucristo que calla en presencia de los judíos, es Jesucristo severo y terrible que no hará oír sus lecciones divinas á ese pueblo ingrato, en castigo de haber renunciado á él públicamente y de haberle rechazado entregándole en manos de Pilatos.

Comprended esta amenaza vosotros los que resistís á la misericordia divina con vuestra ciega obstinación. Si Dios os aflige con las enfermedades que amargan vuestra existencia, con las desgracias que agotan vuestros recursos, con los golpes imprevistos que destruyen la humana protección en que os apoyáis como en una frágil caña; si Dios os prueba con esas mudanzas imprevistas que os hacen perder la estimación de que gozáis ó el cargo que ocupáis; si él pone obstáculos á vuestros designios de fortuna y de engrandecimiento, y los hace desvanecerse en humo; si él hace estériles vuestras operaciones; si os aflige en medio de vuestros frenéticos gozos, y los convierte en luto; si derrama la amargura en las peligrosas dulzuras de vuestros placeres; si emponzoña vuestras diversiones y cubre de espinas el camino de vuestros desórdenes sembrado hasta ahora de rosas mortíferas; si Dios, en fin, hace resucitar con frecuencia en vuestro corazón los remordimientos que os destrazan, los pensamientos terribles que os atormentan de noche y no os dejan descansar de día; si os espanta con el peligro de una muerte repentina, con la severidad de sus juicios y el temor de los eternos castigos, no creáis que Dios está irritado entonces contra vosotros, ni le acuséis de severidad ni de rigor. Entonces es cuando, por el contrario, se muestra con vosotros como el Dios de clemencia, como el Dios lleno de ternura, afligido por la perversidad de vuestro corazón, de ese corazón que os precipita inevitablemente á la ruina. El procura hacer renacer en vosotros ese disgusto de una vida culpable que mata el pecado y salva al pecador. El Dios que os humilla y os aflige es el Dios que os habla todavía; y el Dios que os habla, aunque sea con un tono severo, es el Dios que todavía os ama; su voz aguarda la voz de vuestro arrepentimiento que debe hacerla callar; sus rayos aguardan una de vuestras lágrimas que debe apagarlos entre sus manos.

¡Ah! comprended, pecadores, estas advertencias, y rendíos á estas invitaciones en las que, bajo una apariencia de rigor, se oculta una verdadera misericordia. Desde mucho tiempo há, que esta voz os llama; evitad, pues, el momento terrible en que, hecha importuna á vuestros oídos, y cansada de dejarse oír, enmudezca para vosotros, y temed que Jesús no os deje ya oír su voz, como hizo con los judíos.

Resene vuestra voz fuertemente en el fondo de nuestro corazón por vuestras inspiraciones, y fuera de él por todas las pruebas que os dignéis hacernos sufrir. Aterradnos, alligidnos, abrumadnos bajo el peso de vuestra mano; humilladnos y probadnos según os plazca. Esos castigos, por severos que sean, no serán otra cosa que la corrección de un padre tierno que levanta la voz y castiga á su hijo extraviado con el objeto de hacerle volver de su extravío y salvarle. Pero libradnos del formidable castigo de vuestro silencio, que es la señal terrible y el precursor funesto de vuestro abandono.

Y vos, ¡oh Padre eterno! haced que las humillaciones á que quisisteis someter por nuestro amor á vuestro Divino Hijo, y la confusión que él experimentó guardando silencio como un criminal, como un pecador, siendo así que jamás conoció el pecado, sean el principio de nuestra enmienda, el medio de nuestra santificación y la prenda de nuestra salvación. Así sea.

BARRABÁS

Obstupescite caeli et portae eorum desolamini vehementer. Duo mala fecit populus meus: Me dereliquerunt fontem aquae vitae; et foderunt sibi cisternas dissipatas.
 ¡Oh cielos! pasmaos, y vosotras, puertas del cielo, desolaos en gran manera, porque mi pueblo ha cometido dos grandes faltas: me ha abandonado á mí que soy fuente de agua viva, y ha cavado para sí cisternas impuras.

(JEREM. II, 12, 13.)

Si debiéramos juzgar el pecado según los principios y las máximas de la filosofía del mundo y de las pasiones, sería necesario decir que no es más que un síntoma de la fragilidad de una naturaleza desgraciadamente enferma; un momento de ilusión y de error; un corto sueño de la razón y de la fe; un consentimiento, más bien escapado á la veleidad del alma naturalmente inconstante, que otorgado voluntariamente; un olvido en fin más bien que una ofensa de Dios.

Pero, según las ideas justas y verdaderas que la Escritura Sagrada nos da, el pecado es otra cosa muy diversa. Todo pecado encierra un desprecio de la ley de Dios; un desprecio de la justicia y del poder de Dios; un desprecio, una deshonra y un insulto hecho al mismo Dios.

Este desprecio de Dios, que el hombre manifiesta al cometer el pecado, es tanto más injurioso á su infinita Majestad, cuanto que no sólo es un desprecio absoluto, sino un desprecio de preferencia. En efecto, por el pecado no se desprecia á Dios que es el bien supremo, el bien infinito, por otro bien supremo é infinito también, sino por un placer de un momento, por un interés de un día; se prefiere la satisfacción y el goce de la criatura, al culto, á la obediencia y á la gloria del Criador.

Pues bien, aunque todo hombre que se hace culpable de un pecado comete este doble ultraje contra Dios, los judíos sin embargo

lo cometieron de una manera especial y sensible, cuando con la injusticia más enorme dieron á Barrabás la preferencia sobre el Mesías, sobre el Hijo de Dios; cuando pidieron que Barrabás fuese puesto en libertad, y Jesús clavado en la cruz. Ya se había quejado Dios de este terrible exceso por boca de su profeta, cuando dijo: ¡Oh cielos! estremeceos de espanto, y vosotras, puertas de la mansión eterna, cubrios de luto. Mi pueblo ha cometido dos males á la vez; él ha consumado dos crímenes en un solo exceso. El primer pecado ha sido el de abandonarme, á mí que soy su Dios; el segundo ha sido el de haberme despreciado, á mí, fuente inagotable y vivificante, para beber en las impuras cisternas.

Meditemos en el día de hoy acerca de esta preferencia sacrilega que los judíos dieron á Barrabás sobre Jesucristo, y en el crimen de que ellos se hicieron culpables reconociendo el que cometemos nosotros cuando ofendemos á Dios por el pecado, á fin de que, si nos horrorizamos á vista de los judíos que prefieren Barrabás á Jesucristo en quien no creían, experimentemos un horror todavía mayor á la sola idea de preferir por el pecado las criaturas y nosotros mismos á Dios á quien adoramos.

Pidamos antes la gracia. *Ave María.*

La debilidad, hermanos míos, nos expone con frecuencia á cometer injusticias sin utilidad alguna. ¿De qué sirvió en efecto á Pilatos haber remitido á Herodes la causa de Jesucristo? El cometió á los ojos de Dios y de los hombres la falta de haber puesto en duda la inocencia del Señor, cuando él mismo la había ya proclamado, y no pudo conseguir, como lo ha esperado, cortar esta dificultad tan embarazosa para él. Porque habiendo devuelto Herodes á Pilatos el acusado y la causa en el mismo estado, volvió á poner al gobernador en el conflicto embarazoso de que creía haberse librado. La única ventaja que sacó de este desgraciado recurso de su política, fué que este acto de deferencia respecto á la autoridad de Herodes produjo su reconciliación; de modo que de enemigos mortales que eran por la rivalidad de su posición, se hicieron desde aquel día amigos inseparables.

¡Oh preludio! La reconciliación de estos dos personajes, el uno judío y el otro gentil, obrada por medio de Jesucristo que se remitieron mutuamente, es un gran precioso augurio. Ella anuncia que en este día se cumple el gran misterio, que nos fué anunciado después por San Pablo, de la reconciliación de los judíos y de los gentiles, por la pasión de Jesucristo nuestro pacificador y nuestro mediador;

que el odio que separaba á estos dos pueblos se apagó en su sangre adorable, y que en adelante no formarán más que una sola Iglesia y un solo pueblo.

Mas el escándalo es contagioso. El desprecio con que Herodes, judío, había tratado á Jesucristo, produjo una fatal impresión en el espíritu voluble de Pilatos, que al fin era gentil; debilitó mucho en él la ventajosa idea que había concebido del Salvador y le hizo deducir que el Nazareno, lejos de ser el hombre extraordinario que él se había figurado, no era, en el juicio mismo del astuto Herodes, más que un simple hombre, un imbécil que no merecía consideración alguna; que era, en una palabra, uno de aquellos esclavos considerados entre los romanos como cosas, y que por esta razón, sin el menor escrúpulo, se les hacia azotar por pasatiempo, y se les hacia morir por capricho.

Pilatos piensa, pues, que no se seguiría inconveniente alguno de mandar azotar á un hombre á quien Herodes, su propio rey, había reputado tan vil; creía también poder así librar por una parte al acusado de la muerte, y por otra apaciguar con esta satisfacción el odio de los judíos, que temía irritar más, negándose á todo. Habiendo pues convocado á los príncipes de los sacerdotes, á los senadores y al pueblo, les dice: «Vosotros me habéis presentado este hombre como un sedicioso que subleva el pueblo; sin embargo, ya habéis visto que habiéndole juzgado en vuestra presencia no he encontrado en él ni aun la sombra de los crímenes de que le acusáis; he remitido la causa á Herodes, quien mejor que otro alguno podía y debía conocer en ella, porque es judío como el acusado y rey de Galilea, y porque tiene por lo mismo más interés que otro alguno en castigar á cualquiera que ose aspirar á la soberanía, y Herodes tampoco ha encontrado cosa alguna que pueda dar motivo á una sentencia capital; yo debería, pues, poner inmediatamente en libertad al acusado; sin embargo, para convenceros de que quiero en algo complaceros, voy á mandar que Jesús sea azotado, y después le pondré en libertad.»

¡Oh cobardía! ¡oh injusticia de Pilatos! ¡Oh paciencia! ¡oh mansedumbre de Jesús Salvador! ¿Quién es el que hubiera podido contener su indignación al verse condenado á la pena de azotes por el mismo juez que poco antes había reconocido jurídicamente su inocencia? Mas ¡ay! más injusticias se cometen por los magistrados débiles que por los que son ínicuos, pero firmes y resueltos. En el tribunal de la debilidad el crimen triunfa casi siempre de la virtud, y la calumnia se sobrepone á la inocencia. Pilatos procede de la flaqueza á la injusticia al manifestar la intención de hacer azotar al Salvador, y

desciende después á una injusticia más cruel y más injuriosa al poner al Salvador en paralelo con Barrabás.

Recordemos á este propósito que en la época solemne de la Pascua, celebraban los judíos la memoria de dos grandes prodigios, la emancipación de sus padres libres de la tiranía de Egipto, y la libertad de sus primogénitos, escapados del degüello del ángel exterminador.

En memoria de este doble prodigio de la protección divina para con los hebreos, era entre ellos una costumbre antigua que el consejo supremo, en la fiesta de la Pascua, á petición y por elección del pueblo, concediese la libertad y la vida á un preso que estuviese condenado á muerte; y como esta costumbre formaba parte de la religión, los romanos la habían dejado á los judíos, con la sola diferencia de que no pertenecía ya al Sanhedrin pronunciar el indulto del preso, sino al gobernador romano, como representante y depositario de la autoridad suprema del César.

Pues bien; mientras que Pilatos arengaba á los príncipes de los sacerdotes á fin de que se diesen por satisfechos con someter á Jesucristo á la vergonzosa pena de azotes, y que después le dejasen en libertad, se presenta súbitamente una diputación del pueblo que venia á pedirle, según costumbre, la libertad de un reo condenado á muerte. Esta circunstancia, que Pilatos no había previsto, le pareció que debía favorecer sus designios, porque si el pueblo consentía en que el criminal que debía obtener su gracia aquel año fuese Jesús, el juez se veía dispensado, por esta elección, de pronunciar una sentencia definitiva, y al mismo tiempo de hacer ejecutar la de azotes que él había pronunciado con tanta ligereza y tanta injusticia. «Estáis satisfechos, dice á los diputados del pueblo; ¿queréis que el criminal que la costumbre nos obliga á librar por la Pascua, este año sea Jesús, rey de los judíos?» Los diputados se detuvieron un instante en contestar á esta proposición.

En este tiempo tenía Pilatos en sus prisiones, entre otros criminales que merecían la muerte, un célebre malhechor llamado Barrabás; éste era un insigne ladrón, y para colmo de su infamia, estaba convencido de asesinato y de sedición. Habiendo conocido, pues, Pilatos que los judíos dudaban en aceptar el partido que les había propuesto de poner en libertad á Jesús, imagina proponer de nuevo á la elección del pueblo el Nazareno en comparación de Barrabás, á fin de que los judíos se avergonzasen de preferir á Jesucristo, á quien pocos días antes habían saludado con sus aclamaciones como Mesías y como profeta, un criminal tan insigne como Barrabás.

¡Oh juez, no sé si llamarle inicuo ó insensato! Pilatos es injusto, porque coloca en una misma línea á un insigne malhechor convencido de crímenes que merecían todos ellos la pena de muerte, y á Jesús, cuya inocencia ha reconocido y proclamado Pilatos mismo. Se muestra también insensato, porque, según la costumbre, el pueblo sólo podía pedir gracia, y el príncipe tenía el derecho de concederla; pero Pilatos, en su imprudencia y cobardía, alteró é invirtió este orden, porque él, que representaba al soberano y ejercía sus derechos y su poder, es el que pide la gracia del preso, y transfirió al pueblo, que se hace más insolente y más feroz, el derecho de concederla.

Pero mientras Pilatos propone y discute, da lugar á los pontífices y á los senadores para hacer valer sobre el espíritu de los judíos la autoridad tan imponente del Sanhedrin. Por medio de sus emisarios secretos urdieron tantas intrigas, que á favor de promesas y de amenazas persuadieron á la multitud á que pidiese el perdón de Barrabás y la muerte de Jesucristo. Así es que, á esta segunda proposición de Barrabás, elevase del seno de aquel furioso populacho un prolongado é infernal clamor: «Muerte á éste, gritan, y libertad á Barrabás.» ¡Gran Dios! ¡Qué humillación para Jesucristo! ¡Qué insulto y qué ultraje! ¡El descendiente de David puesto en paralelo con un hombre de lo más bajo del pueblo! ¡El justo por excelencia con un malhechor! ¡El Hijo de Dios con el más corrompido de todos los hombres, y éste le es indignamente preferido! ¡Con cuánto desprecio hacen los judíos esta odiosa comparación! Ellos ni aun siquiera se dignan nombrarle; como si temiesen manchar sus labios al pronunciar su nombre, este nombre santo y adorable que forma las delicias de los cielos, la esperanza y la salvación de la tierra, y gritan: «Muera éste»; como si quisieran decir: «Quita del mundo á un hombre cuya existencia es un escándalo para el mundo y un deshonor para el pueblo. Si, por malo que sea Barrabás, es digno de indulgencia en comparación de este ser. Perdón, para Barrabás, y muerte para éste.»

Pilatos, que ni aun siquiera lo había sospechado, no puede resolverse á creer que el pueblo quiera realmente condenar al inocente y absolver al culpable, especialmente á un criminal como Barrabás. Vuelve, pues, á interpelar por tercera vez á los judíos, y les dice: «Y bien! supuesto que queréis que Barrabás sea indultado, cumplase vuestros deseos; pero Jesús no es culpable. La libertad del uno no lleva consigo la condenación del otro. Responded, pues: ¿Qué queréis que haga de Jesús, que se llama Cristo; de Jesús, rey de los judíos?» Observemos, antes de pasar adelante, que Pilatos no nombra

jamás á Jesús sin darle el título de Cristo, que quiere decir Mesías; y no se lo da por burla, como un título que Jesús ha usurpado, sino seriamente en un sentido absoluto, y como la expresión de una cualidad que le pertenece. El añade aun á este augusto título el de *rey de los judíos* con la misma seriedad y la misma gravedad, queriendo dar á entender de este modo que le reconoce por verdadero rey, pero rey diferente de los demás, rey de un reino exclusivamente suyo, de un reino del que Jesús habia dicho al mismo Pilatos: Que no pertenece á este mundo.

Todas las diligencias de Pilatos son inútiles, y un grito general se levanta más fuerte y más cruel: «¡Que se le quite del mundo, claman, que sea crucificado!» Mas, ¿cómo? ¿por qué? El infortunado Pilatos no está tranquilo. ¿Qué mal ha hecho? ¿Qué culpa ha cometido para merecer tan gran castigo? Los judíos, sin embargo, como acometidos y poseídos por el demonio de la crueldad, responden con la violencia á la voz de la justicia; ellos oponen gritos al que pide razones, y con voces descompasadas y furiosas dicen: «¡Si, que sea crucificado!» Pilatos, sin embargo, no cede aún; toma la palabra por última vez y les dice: «¿Pero cuál es su crimen? que se me diga: ¿cómo puedo yo sentenciar á muerte á un hombre en quien no encuentro ni aun sombra de crimen capital? ¡Ah! imponed silencio á vuestro encono, y renunciad á una exigencia tan atroz; contentaos con verle azotar, y permitid que le ponga en libertad.» Pero los clamores sediciosos resuenan cada vez más; el furor de los judíos llega á su apogeo; con el gesto y con la voz impuden que hable el gobernador, y piden que Jesús sea crucificado, tan sólo porque así lo quieren. De modo que Pilatos, arrastrado por su debilidad, desanimado y vencido, consiente en un acto de la más odiosa injusticia, y satisface los horribles deseos del pueblo poniendo en libertad á Barrabás, y entregando á Jesús para que sea crucificado. ¡Oh ferocidad de las bestias salvajes! ¡Oh odio! ¡Oh furor del infierno! El pueblo de Dios comete en un solo exceso un doble crimen: el de haber puesto en libertad á Barrabás, prefiriendo á Jesús, y el de haber entregado á la muerte al mismo autor de la vida, el Cristo.

Pero, cosa extraña y admirable; apenas Jesucristo es condenado, cuando Barrabás es puesto en libertad.

La injusticia de Pilatos y el sacrilegio de los judíos no son otra cosa que los instrumentos ciegos que sirven al cumplimiento de los deseos de los justos, y al inmenso exceso de la bondad divina. Pilatos y el pueblo judío cometen dos grandes excesos de inaudita injusticia, Dios cumple dos excesos de inefable é incomprendible miseri-

cordia; aquéllos desechan á Jesucristo, fuente preciosa de la vida, y reclaman la libertad de Barrabás, símbolo del pecado y de la muerte; Dios decreta, confirma, y sella la muerte de su Hijo único, y la vida eterna de los hombres. De modo que no tanto es el Pretor romano como este Dios de infinita bondad quien, en la persona de Pilatos y por medio de él, cede y entrega su Hijo para la salvación del mundo. ¡Oh bondad! ¡oh misericordia! ¡oh amor de Dios!

¿Qué es lo que pudo inspirar á los príncipes de los sacerdotes y á los jefes de la nación judía un odio tan profundo y tan injusto contra Jesucristo, que sin embargo de haber oído al juez proclamar su inocencia, quisieron á toda costa condenarle á muerte como un criminal? San Juan nos ha revelado la causa de este misterio de iniquidad. El nos refiere que, pocos días antes de que estos hombres poseídos por el demonio se abandonasen á un exceso tal de injusticia y de crueldad, habían dicho, refiriéndose á Jesucristo, en una asamblea convocada expresamente y reunida en casa de Caifás: «¿Qué hacemos, porque este hombre se hace cada día más célebre y aumenta su poder con la multitud de sus milagros; arrastra los pueblos en pos de sí y principia á dominarlos? Tomemos bien nuestras medidas, porque si no contenemos este movimiento, los romanos acabarán por quitarnos el resto de autoridad que conservamos aun sobre el pueblo y acabaremos de perder toda la jurisdicción y todo el imperio.» ¡Muy poco les importa que Jesús sea ó no el verdadero Mesías prometido á la nación; ellos no se inquietan por nada! ¡Las cosas de la religión y de la vida eterna les mueven muy poco! Por el contrario, entregados al lujo y sumergidos en los placeres de una posición ventajosa, temen perderlo todo: y arrastrados por el deseo desenfrenado de conservar las comodidades del tiempo, niegan á Jesucristo, le hacen condenar á muerte, y renuncian á las esperanzas de la eternidad. Pero muy insensato fué su cálculo, porque perdieron á un tiempo mismo el conocimiento de Jesucristo, la vida eterna y la felicidad temporal.

Si, infelices, vosotros habéis conseguido lo que reclamabais con tanto furor, y después de tantos siglos como han pasado, estáis experimentando todavía los efectos de vuestra culpable demanda. Por haber colocado á Barrabás en el lugar de Jesús, á un ladrón, á un homicida en el lugar del Salvador, habéis perdido la salvación y la vida; el demonio hace continuamente en vosotros, con un furor cada día nuevo, los más horribles estragos tanto respecto al alma como al cuerpo. Esto quiere decir, hermanos míos, que esos hombres sensuales, que quisieron asegurar los bienes temporales á expensas de los bienes eternos, perdieron á la vez los unos y los otros.

¡Ah! ¡ojala quisiera Dios que el pecado de los judíos no se renovase diariamente en el seno del Cristianismo! Pero ¡ay! todos esos cristianos desventurados que, á ejemplo de los judíos, aspiran á la libertad de creer lo que les agrada, y vivir como creen; todos esos que prefieren el bienestar del cuerpo á la pureza del corazón, la licencia de las pasiones á la severidad de la ley, las máximas del mundo á las doctrinas del Evangelio, los atractivos del vicio á la santa amargura de la virtud, las riquezas á la gracias, las ventajas del tiempo á los grandes intereses de la eternidad; todos esos cometen en realidad el pecado de los judíos, prefieren verdaderamente Barrabás á Jesucristo, la criatura al Criador, el demonio al mismo Dios. Y el pecado de los malos cristianos es más detestable aún que el de los judíos. Porque la indigna preferencia que los judíos dieron á Barrabás fué el resultado de un momento de ciego furor, mientras que los cristianos, entregados á sus pasiones, se forman tranquilamente un ídolo de los honores, de la voluptuosidad y del oro; ellos consagran á este ídolo todos sus pensamientos, todas sus afecciones todos sus cuidados, todas sus acciones, su tiempo y su existencia; ellos no viven sino por sus pasiones ni respiran sino para sus pasiones. Y bien, ¿no es esto una horrible apostasia, un homenaje de verdadera idolatría tributado á una vil criatura, en perjuicio del culto de alma y de corazón que el cristiano debe á su Criador, á su Redentor y á su Dios?

¡Ah! no seamos del número de esos insensatos, cuya locura no puede repararse con una eternidad de tormentos, de lágrimas y de dolores. Procuremos, ahora que todavía es tiempo, asegurar la salvación de nuestra alma. Escuchemos esas palabras que Jesucristo hace resonar en nuestros oídos: ¿De qué nos servirá haber brillado un momento en el mundo con unos honores inmerecidos ó con una fortuna mal adquirida? ¿De qué nos servirá haber llegado al goce de todos los honores, de todas las riquezas y de todos los placeres del mundo si perdemos nuestra alma? Apliquémonos, pues, al grande, al único negocio, al negocio importante, preciso y necesario de nuestra salvación. Prosigamos nuestra peregrinación sobre la tierra, con los ojos y el corazón fijos en el cielo, y ocupémonos en las cosas temporales de tal manera, que no comprometamos nuestros intereses eternos.

Amén.

LOS AZOTES

*Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit.
Pilatos, pues, tomó entonces á Jesús y azotóle.*

(S. JUAN, XIX. 1.)

¿Cuándo se cumplió literalmente, hermanos míos, aquella profecía de Isaías acerca de la pasión de nuestro amabilísimo Redentor? Cuándo se verificó aquella laceración y despedazamiento de su cuerpo adorable? *Vere langores nostros ipse tulit... ipse autem vulneratis est proptus iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra.* En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades; mas él fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por nuestros pecados. ¡Ah! esta predicción se verificó á la letra en los crueles azotes á que el Señor se sometió en casa de Pilatos y por su orden, porque por esta sangrienta ejecución el cuerpo adorable de Jesús fué herido de la manera más bárbara y como despedazado por causa de nuestros pecados.

La flagelación del Señor, obra del odio infernal y de la barbarie atroz de los hombres, es pues un grande é importante misterio. Así es que hoy, hermanos míos, debemos asistir en espíritu al drama sangriento que se representa en el pretorio de Pilatos, considerando con una piadosa emoción el modo con que este divino cuerpo fué azotado por nuestra causa. Pidamos antes humildemente la gracia.

Ave María.

Aunque Pilatos hubiese dado ya libertad á Barrabás y consentido en que Jesús fuese crucificado, hermanos míos, sin embargo, antes de poner por escrito esta sentencia inícuca, y de ejecutarla, vuelve á su primer expediente tan injusto como desgraciado. Manda, pues, azotar al Salvador, esperando que calmaría así el corazón de los judíos, tigres sedientos de sangre, y que con el espectáculo del oprobio